

Andreotti: algunas lecciones de unos funerales ejemplares. Dossier

Sebastiano Messina, Gregorio Morán, Carlos Gabetta...

19/05/2013



Excelentísimo cadáver: los funerales de Andreotti

Mientras el aplauso llena la iglesia, después de que don Luigi Venuti haya pedido que «nuestro hermano Giulio, absuelto de toda culpa, sea partícipe de la gloria de Dios», miras los primeros tres bancos detrás del féretro de madera clara. Y te das cuenta de que antaño habrían podido formarse tres gobiernos – todos monocolors - con los democristianos que hay aquí dentro para decir adiós al símbolo ya no vivo del poder de la cruz en el escudo [emblemático de la Democracia Cristiana]. Uno lo habría podido dirigir Arnaldo Forlani, con la melena ya blanca, que ha substituido el impermeable claro con el que se había presentado por la mañana en la capilla ardiente por otro más oscuro, y hoy defiende con imperturbable flema «la absoluta coherencia con la estela trazada por De Gasperi», del que fue gran aliado suyo, pero también gran rival en la desafortunada carrera al Quirinal. El otro monocolor habría tenido seguramente como premier a Ciriaco De Mita, el único de los presentes vestido de gris, que ha entrado en la iglesia con su habitual mirada simulada-desorientada y ha acabado en la segunda fila, separado del amigonemigo Arnaldo por una mujer que forma también ella parte de la historia democristiana, doña Vittoria Leone, la viuda del presidente al que el partido obligó a dimitir. El tercer gobierno, en fin, lo habría presidido Emilio Colombo, que a los 93 años acaba de presidir la primera sesión del Senado y que hoy se ha encaminado lentamente hacia el primer banco de la iglesia, provocando un instante de pánico cuando se ha tropezado con el bastón sobre el reclinatorio. Los tres, por lo demás, han sido premier democristianos, y hoy están delante del féretro del recordman del poder (siete veces presidente del Gobierno y 26 veces ministro). Para la lista de ministros, aquí dentro hay sólo la dificultad de escoger, observando a quienes lo han sido de verdad y a quienes no llegaron a serlo sólo porque Andreotti – ¿y quién si no? – los había colocado en otros sillones tal vez más cómodos y a lo mejor más poderosos. El primero de todos es Paolo Cirino Pomicino, que llora todavía mientras sale de la iglesia de San Giovanni Battista dei Fiorentini, prácticamente al lado del gran edificio de la época del rey Umberto donde vivía el «divo Giulio». Ha dicho ya lo que quería decir, y hoy casi se apoya en la hija mientras sigue el féretro del presidente al cual, devotamente, nunca se atrevió a tratar de tú. Después está Vincenzo Scotti, al que todavía le queda el mechón de cuando Andreotti lo promovió como candidato a la secretaría de la DC, sólo que han encanecido los dos (él y el mechón).

Está Pier Ferdinando Casini, que en la época del CAF [Craxi-Andreotti-Forlani] era más forlaniano que Forlani, y hoy es uno de los pocos que quedan en la pista. Está Franco Marini, que ya se ha sacudido de encima la rabia por la emboscada de los francotiradores. Está Nicola

Mancino, adelgazado y cansado: con el amigo Giulio compartió también disgustos en momentos diversos, a causa de la instrucción judicial palermitana. Está Nicola Signorello, envejecido bastante desde que dejó – hace un cuarto de siglo- el sillón de alcalde de Roma. Está Clemente Mastella, que tampoco esta vez dice que no a las cámaras de la televisión. Está Giuseppe Zamberletti, el inventor de la Protección Civil, de mirada siempre asaetadora. Está Francesco D' Onofrio, el Charlie Brown de la secretaría demitiana [de De Mita], que llega prudentemente a la iglesia con un paraguas plegable. Está Angelo Sanza, exportaestandarte de la DC lucana [de la región de Lucania], generoso dispensador de consejos y chistes. Está Beppe Pisanu, que pasó de Moro a Berlusconi, y luego a Monti. Están los ex generales de los “ciellini” [de CL, Comunión y Liberación] , Roberto Formigoni y Maurizio Lupi, un ex y un neo. Está Marco Follini, que después de haber sido líder de los jóvenes democristiano, hoy se ha inscrito a los 58 años en la lista de los “desguazadores”: un gran porvenir a la espalda, habría dicho Gassman. Detrás, entre los exelectores a los que Andreotti habría vuelto a votar una vez más y otra, están también Giorgio Moschetti, que fue cajero de Sbardella (siempre rubio ceniza, pero más ceniza que rubio), Cesare Geronzi, expoderosísimo banquero andreottiano, el exContable general del Estado Andrea Monorchio, el insumergible muñidor Luigi Bisignani - con el rostro más hundido que de costumbre – y, naturalmente, el más célebre de los amigos de Andreotti, el encargado de la Ciociaria: Giuseppe Ciarrapico. No podía faltar el Ciarra y no ha faltado: apoyándose en el bastón, ha traspuesto el umbral de la iglesia, y en los ojos se podía leer un dolor furibundo, o un furor doliente por el amigo que se ha ido. Si, la verdad es que son tantos los democristianos que han venido a saludar al más democristiano de todos, mientras don Luigi – no se han visto ni obispos ni cardenales en la iglesia – recuerda las virtudes cristianas de su parroquiano más importante, «todas las mañanas ayudaba a todos los necesitados que se presentaban». Pero quién sabe por qué, ninguno de los big – excepto Emilio Colombo – se sienta en primera fila, en la zona de la derecha donde la familia ha dejado sitio a los políticos. En el banco de honor están Pietro Grasso (llegado en el último minuto, cuando el féretro estaba ya en la iglesia), el alcalde Alemanno (con la banda tricolor), Mario Monti y Gianni Letta (probablemente el más andreottiano de los políticos de hoy, con los ojos lúcidos por la conmoción), pero no Forlani ni De Mita, y ni siquiera Romana De Gasperi, la hija del estadista que fue mentor del «divo Giulio». Pero nadie tiene ganas de preguntarse por qué en esta iglesia, donde la familia ha querido un funeral que no fuera de Estado. Y cuando el féretro sale a la plaza llevado a hombros y precedido por la corona de claveles blancos y rojos enviada por Napolitano, y seguida por el estandarte de la Roma, el equipo del que era hinchado apasionado, una voz grita«¡Grande Giulio!» y hace estallar un último aplauso. El más conmovido de todos es Pierluigi Berlo, que tiene hoy más de setenta años, pero tenía veinte cuando entró en la secretaría de Andreotti. «Eramos 120, cien-to-vein-te», cuenta. «Trabajábamos como locos, pero era bonito. Él era ministro de Defensa y nos decía: quitaos de la cabeza lo de no hacer el servicio militar. Lo hicimos todos, yo el primero. Y los sábados nos íbamos a entregar un manojito de cheques de cinco mil liras, que era dinero para los años sesenta, a parroquias y orfanatos, conventos y familias necesitadas: dinero todo que conseguía de las grandes empresas, de la Shell a la Marzotto».

El no puede oír estas historias. Poco antes, en el apartamento burgués del penúltimo piso del edificio decimonónico del Corso Vittorio – donde la máscara de piedra de un sátiro asciende por el pesado portón de nogal – subió a rendirle homenaje el presidente Napolitano, acogido por los hijos Lamberto, Marilena, Stefano y Serena. La viuda, la señora Livia, se había quedado al abrigo del dolor y no fue de hecho siquiera a la iglesia, aunque en el templo estaban sus rosas. Un cordón de policía, carabineros y guardia de finanzas mantenía a distancia a los curiosos, abajo en la calle, y había que superar los controles de cuatro señores vestidos de negro para llegar hasta el ascensor. Pero quien tenía que venir ha venido. Como el secretario de Estado vaticano, Tarcisio Bertone, que luego ha saludado a las cámaras de televisión diciendo adiós. Como Gianni Letta. Como Gaetano Gifuni, ex secretario general del Quirinal. O como Maria Pia Garavaglia, que ha rezado el Ave María ante los restos mortales.

En el pasillo de la casa de Andreotti, el periodista Marco Ravaglioli, yerno del Presidente, esperaba delante de la vitrina con la colección de cerámicas (magníficas) a los escasos visitantes admitidos a la visita para guiarlos en voz baja hacia la capilla ardiente, una habitación que debe de haber sido alguna vez estudio. Detrás del féretro, un gran mapa de la Roma antigua de 1748, dibujado por Giambattista Nolli. En el lado opuesto, una librería dominada por una antigua edición de la enciclopedia Treccani, un poco amarilleada por el tiempo. A la derecha, otra librería con una fila de volúmenes encuadernados en negro, sin nada escrito, y

tres estatuillas de bronce: un pájaro, un caballero, una diosa oriental. Y allí estaba él, con el rosario enredado entre los dedos a los que la muerte había despojado de la célebre sutileza, la corbata de Hermès con el nudo grueso y un ramo de flores amarillas apoyadas a sus pies. Echado en el féretro, tenía una expresión extrañísima para él, que fue el más poderoso de los poderosos, el custodio de los mil secretos. El jefe ya no estaba curvado ni tampoco derecho sino vuelto hacia lo alto e inclinado un poco a la derecha. Así, junto a la boca insólitamente entreabierta daba una imagen inolvidable de hombre que alza de golpe la cabeza para una última e improvisada pregunta: «¿Por qué?».

Sebastiano Messina, periodista del diario La Repubblica, es autor de *La Grande Riforma* (Laterza), *Nomenklatura* (Mondadori) y *Il presidente bonsai* (Rizzoli).

Traducción para www.sinpermiso.info: Lucas Antón

La Repubblica, 8 de mayo

De Andreotti a Beppe Grillo (2)

Hay un test infalible para detectar si su interlocutor tiene el riñón cubierto, o sencillamente sobrevive buscándose la vida. Pregúntele, de sopetón, qué clase política le parece más corrupta si la italiana o la española. Si le dice “la italiana, por supuesto”, no insista.

Para completar el test, saque a colación a Alfredo Sáenz, el financiero reiteradamente condenado por los tribunales españoles –famosos en el mundo entero por su rigor frente a los poderes económicos establecidos–, y recuérdale que ese tipo, de aspecto intrascendente, de cultura ignota fuera del tanto por ciento, y señora moderna a la que sobre todo le gusta viajar, ha recibido 88 millones de euros, una cantidad que excede mi posibilidad de contar. Alfredo Sáenz, el banquero más solicitado de España, al que Zapatero concedió un indulto y la torre de cacerolas de la Feria, es decir, todo lo que pedía y más, fue capaz en 1994 siendo presidente de Banesto, de falsificar documentos, firmas y hasta el aliento de sus competidores. Y ya hubo de ser escandaloso para que los jueces le condenaran con reiteración y sentencia en firme desde el 2011. Pero nada. Inasequibles al desaliento, los españoles en general demostramos que una trampa la hace cualquiera, y a quien Dios se la dio, que Botín se la bendiga. ¡Qué silencio ante los 88 millones concedidos a un delincuente! ¿De verdad nos han castrado por decisión de la autoridad competente, o es cuestión de hábitos?

¿Saben ustedes que el juicio a Millet y su equipo de jazz-band patriótico se ha retrasado de septiembre (¡que no estaba mal la demora!) al lejano 24 de febrero del 2014? Al parecer uno de los ilustres letrados –de la defensa, o de la acusación; da lo mismo– tiene problemas de agenda. ¡De agenda, sí señor! Y eso que no se trata del asunto mollar, el del saqueo del Palau, sino de esa chuminada que querían montar irregularmente bajo la forma de un hotel, diseñado nada menos que por Oscar Tusquets, desaparecido sin combate desde el día siguiente de levantarse el escándalo y donde ahora figura un tipo del que su mayor mérito debe ser el de comerse el marrón. Una vez pregunté a un amigo común cómo había sido esa transmutación de personalidades y arquitectos, y me respondió con un exabrupto. “¿No querrás decir que Tusquets tiene algo que ver con eso?”. No supe qué decirle, porque es uno de los nuestros.

Me pasa lo mismo que ante el juicio de un tal Ricardo Mateo, jefe de los Casuals, facción de los Boixos Nois, de profesión extorsión y blanqueo, pero de los nuestros, nada que ver con los de Madrid, que son muy carcas y antisoberanistas. La bendita esposa del jefe se llama para nuestra prensa Eva C. ¡Ándele usted con la ce, que diría Cantinflas! Todos los testigos han renunciado a sus declaraciones inculpatorias. Están acojonados. Y no es para menos, dado el rigor de las autoridades y los procedimientos de los “casuals”. Aquí no se mata, o se mata poco, porque no es necesario ir más allá para lograr el objetivo. Esto no es Sicilia o Calabria o Nápoles, donde existe la competencia, principio fundamental del mercado.

Italia ha tenido, y tiene, una colección de gentes de ley, magistrados y fiscales, que nosotros ni siquiera podemos soñar. Ellos vienen de un Estado que rompió con el fascismo, y nosotros de

otro que nació de él. Y esto en términos jurídicos, no digamos ya sociales, financieros y periodísticos, marca una distancia.

Un suelto periodístico en *Il Corriere de la Sera* informa de que al día siguiente de la muerte de Andreotti, Gianadelio Maletti, con 92 años de basura a sus espaldas, dada su condición de exjefe del Contraespionaje Militar italiano, desapareció de su casa al tiempo que le llegaba su orden de detención. Sabía que mientras *Il Divo* viviera podía sentirse seguro por sus conocimientos del asesinato del periodista Mino Pecorelli, pero se había acabado la protección. Andreotti había partido al Paraíso con sus secretos y a él le tocaba esconderse de la justicia, en el Purgatorio.

Una de las preguntas que cada vez será más frecuente en los debates reales sobre la sociedad que vivimos es la relación entre poder y mafia. En Italia o en España, ¿quién manda a quién? No creo que sobre este tema haya mucho material bibliográfico, pero será en las próximas décadas un asunto de máximo interés. Cuando Giulio Andreotti besa al mafioso Toto Riina: ¿cuál de los dos es el poder? Los dos, porque existe una división de poderes, peculiar, muy peculiar, que consiente que el poder mafioso decida y el poder político condicione la decisión hasta convertirla en consolidación de su propio espacio. Me explico.

Cuando Andreotti pactó con el entonces jefe de la Cosa Nostra en Sicilia, Stefano Bontate, la victoria electoral de la Democracia Cristiana en la región, se entendía como la benevolencia del Estado en el tráfico de drogas y capitales. No hay otras garantías que la vida. Y eso significará el asesinato del líder local Piersanti Mattarella. La escena es para describirla, porque la esposa iba a misa con su marido, nada menos que el 6 de enero de 1980, y los Reyes Magos se le aparecieron bajo la forma de un sicario y ella llegó a suplicarle “piedad, piedad”. Hoy sabemos que Andreotti estaba al tanto de este crimen inminente y sugirió al capo Bontate que las formas fueran “menos brutales”. No podían ser de otra manera. Los dos poderes deben exhibir sus fuerzas, porque de no ser así dejarían de ser poderes. Algo parecido ocurrió cuando la mafia asesinó a Salvo Lima, en marzo del 92, el representante y amigo –sí es que esta expresión tiene algún sentido tratándose de Andreotti– en Sicilia. Los poderes pactados habían roto el equilibrio y había entrado en función un juez como Falcone. El poder político había introducido una variable irregular frente al poder mafioso.

La judicatura italiana, por sus características de independencia que venían de la Resistencia, el antifascismo y una Constitución audaz, ha sido un elemento decisivo en el desenmascaramiento de la corrupción. Mani Pulite, esas Manos Limpias, nosotros no sólo no las tuvimos, no las tenemos y probablemente no las tendremos en mucho tiempo. Baste decir que sus émulos en España es una agrupación de extrema derecha, heredera de Fuerza Nueva. Fue el ministro socialista Juan Alberto Belloch quien concedió la amnistía a Jesús Gil y Gil, conocido y veterano delincuente. Y esas cosas constituyen símbolos, de los que sólo quieren olvidarse los protagonistas.

Andreotti fue todo menos presidente de la República. Tantas veces como lo intentó, fracasó. Cuando tras el pacto entre la corriente democristiana de Aldo Moro y los comunistas de Berlinguer se levantaron todas las inquietudes en los que manejaban los hilos del mundo, y las Brigadas Rojas hicieron el trabajo sucio de asesinar a Moro sin tener ni zorra idea de a quién servían, surgió el hombre salvador, Bettino Craxi, la gran novedad socialista, el hombre que hizo rico a Berlusconi. Un buen número de analistas siempre consideraron que fue la presión de los jueces de Mani Pulite la que favoreció el ascenso de Berlusconi. En otras palabras, que la corrupción es equilibrio y la honradez, catástrofe.

De ser cierta esta hipótesis, estaríamos condenados no sólo a ser esclavos de la estafa y del capitalismo de casino, sino a considerar que los políticos más coherentes de la España de la transición fueron tipos como Jesús Gil y Gil, a los que quizá faltaba finezza pero sabían repartir el botín. Porque el test con el que empieza este artículo no es una frivolidad. La diferencia entre la corrupción italiana y la española gravita sobre un punto capital: nosotros carecemos de sociedad civil, nuestra relación con el Estado se limita a cómo esquivarlo, pero teniendo muy claro que a la hora de votar lo fundamental está en quién administra las subvenciones. Eso fue durante décadas –siglos, diría Lampedusa–, la característica dominante de la antigua Sicilia.

Gregorio Morán es un columnista habitual en el diario catalán *La Vanguardia*. Veterano resistente y luchador

político en el clandestino Partido Comunista de España bajo el franquismo. Para la primera parte de este artículo, ver [aquí](#).

La Vanguardia, 18 de mayo de 2013

Roma-Buenos Aires

Si “el pasado es un prólogo” (Shakespeare *dixit*), o “el tiempo sólo es tardanza de lo que está por venir” (José Hernández), el progresismo argentino haría bien en seguir la evolución del esperpento que tiene lugar actualmente en la política italiana, ese país con el que tantas afinidades culturales tenemos. Esta advertencia es inútil para nuestros liberales y populistas, porque como en Italia, son los responsables de la situación y harán –lo están haciendo– cualquier cosa para salir del embrollo lo mejor parados posible.

El *bunga-bunga* argentino no está salpicado, al menos por ahora, de escándalos de fiestorras con menores de edad, aunque el ante-anteúltimo peronista en el gobierno, Carlos Menem, nuestro Berlusconi con pantalones, se ganó cierta aureola de parrandero contumaz. El peronismo kirchnerista se circunscribe, si así puede decirse, al enriquecimiento ilícito masivo; la impunidad mediante la manipulación de la justicia, el monopolio mediático y la asfixia de la prensa independiente; la violencia política; los pujos por perpetuarse en el poder y, *last but not least*, a la crisis económica.

En este último punto hay diferencias. Italia es una de las diez primeras economías mundiales y miembro fundador de la Unión Europea. Pero dando por sentado que cada país resolverá los problemas económicos desde su situación particular y sus propias posibilidades, la clave para los dos está en que aparezca una verdadera propuesta alternativa a la crisis económica, la que no puede sino surgir de una renovación profunda de la política. La crisis política es reflejo de la económica, pero ésta depende de aquella para su resolución.

El proceso italiano está algo más avanzado en el tiempo. Puesto que la propuesta alternativa siguió sin aparecer, acabó cuajando en la ingobernabilidad, como se venía viendo y acabó por verse en las últimas elecciones. Unos años atrás, el movimiento “antipolítica” de Beppe Grillo no existía. Pero desde las últimas elecciones es el primer partido del Congreso, con 108 diputados y 54 senadores. Lo lógico parecía ser un entendimiento de Grillo con la izquierda liderada por Luigi Bersani, pero Grillo se opuso; y además la alianza hubiese sido extremadamente débil, a causa de la fragmentación política.

Así se llegó a la ingobernabilidad. La izquierda italiana entendió que la urgencia era esa y se aventuró a gobernar consocialcristianos y berlusconianos, los partidos que provocaron la crisis y a los que cualquier cambio serio en la economía afectaría en sus intereses y cualquier cambio serio en la política pondría a sus dirigentes ante la justicia. Giulio Andreotti, ese mafioso socialcristiano de la política, acaba de morir; pero Berlusconi está vivo y coleando.

Y todos los demás, con lo que el baile no tardó en empezar. Apenas una fiscal milanesa pidió cárcel e inhabilitación para Berlusconi por un asunto de prostitución de menores (tiene otros, de otro tipo), *Il Cavalière* contraatacó con insultos y acudiendo a su inmensa maquinaria propagandística. Antes, el Vicepresidente y ministro del Interior, Angelino Alfano, había atacado a jueces y fiscales en un acto organizado por Berlusconi. Así, de la madre del borrego, la economía, casi ni se habla, si no es para reiterar cursos fracasados o formular tímidas proposiciones cosméticas.

Como se ve, una alianza imposible, a menos que la izquierda acabe amoldándose a las necesidades y el estilo de la derecha, como suele suceder. El curso probable es que la crisis se profundice y el próximo Grillo resulte un líder de extrema derecha, tal como viene ocurriendo en otros países de Europa.

Por el momento, el Primer Ministro socialdemócrata, Enrico Letta, solo atina (¿adivinen qué?), a poner en marcha un complejo mecanismo para reformar la Constitución y disponer de otro

mecanismo electoral. Si nada cambia, esto último solo podría ser un apaño para que gobierne cualquier mayoría, en minoría contra todos los demás. Y que siga el baile.

Compárese al movimiento antipolítica de Grillo con nuestros 14N y 18A, un movimiento opositor sin Grillo, pero tan despojado de propuestas. Sígase en perspectiva el curso de nuestro berlusconismo con faldas y de nuestros liberales; de la crisis económica, y se verá que el progresismo argentino vive el prólogo de una situación similar a la italiana. De enfrentar una alternativa semejante.

Tardanza de lo que está por venir.

Carlos Gabetta es periodista y escritor

Perfil, 19 de mayo 2013

Sinpermiso electrónico se ofrece semanalmente de forma gratuita. No recibe ningún tipo de subvención pública ni privada, y su existencia sólo es posible gracias al trabajo voluntario de sus colaboradores y a las donaciones altruistas de sus lectores. Si le ha interesado este artículo, considere la posibilidad de contribuir al desarrollo de este proyecto político-cultural realizando una **DONACIÓN** o haciendo una **SUSCRIPCIÓN** a la **REVISTA SEMESTRAL** impresa.

Varios